

Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo

Desapariciones en Colombia

María Victoria Uribe

**Prólogo de
Ángela Uribe Botero**



Colección
Justicia
& Conflicto

siglo EDITORIAL
UNIVERSIDAD EAFIT
Universidad del Rosario

María Victoria Uribe

Es antropóloga e historiadora, magíster y PhD en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Fue directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia entre 1994 y 2005; profesora asociada del Instituto de Investigaciones Sociales y Culturales pensar de la Universidad Javeriana del 2005 al 2007; e integrante del Grupo de Memoria Histórica del 2007 al 2011. También fue becaria del Wissenschaftskolleg, Institute for Advanced Study de Berlín (2014-2015). Entre el 2011 y 2022, fue Profesora Asociada de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad del Rosario e investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores, Colciencias (2016). Entre sus publicaciones recientes destacan: “La desaparición de personas en Colombia. Un vacío irrepresentable” (2022); “Phantasmatic entities and identities: Criminals without guilt in Colombia” (2020); “Violence as a symptom. The case of Colombia” (2020) y *Antropología de la Inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia* (2018).

Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo
Desapariciones en Colombia

BIBLIOTECA DE DERECHO,
JUSTICIA Y POLÍTICA

Justicia & Conflictio

Grupo de Estudios de Derecho Penal y Filosofía del Derecho

Directores

Gloria María Gallego García
Juan Oberto Sotomayor Acosta

Consejo Editorial

Perfecto Andrés Ibáñez, magistrado, Tribunal Supremo Español
Francisco Cortés Rodas, Universidad de Antioquia (Colombia)
Jaime Sandoval Fernández, Universidad del Norte (Colombia)
María José González Ordovás, Universidad de Zaragoza (España)
Luis Prieto Sanchís, Universidad de Castilla La Mancha (España)
José Luis Díez Ripollés, Universidad de Málaga (España)
Luigi Ferrajoli, Università degli Studi Roma Tre (Italia)

Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo
Desapariciones en Colombia

María Victoria Uribe

Prólogo de
Ángela Uribe Botero



Universidad del
Rosario

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]


siglo
EDITORIAL

Uribe, María Victoria, autor
Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo : desapariciones en Colombia / María Victoria Uribe ; prólogo de Ángela Uribe Botero -- Bogotá : Siglo Editorial : Universidad Eafit : Universidad del Rosario, 2023.
páginas. -- (Biblioteca de derecho, justicia y política -- Colección Justicia y conflicto / directores, Gloria María Gallego García, Juan Oberto Sotomayor Acosta)

Incluye datos curriculares de las autoras -- Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-958-665-753-2 (Impreso) -- 978-958-665-754-9 (pdf) -- 978-958-665-755-6 (ePub)

1. Personas desaparecidas - Colombia - Siglo XX-XXI 2. Familiares de personas desaparecidas - Colombia - Siglo XX-XXI 3. Falsos positivos (Conflicto armado) - Colombia - Siglo XX-XXI 4. Niños víctimas del conflicto armado - Colombia - Siglo XX-XXI 5. Víctimas del conflicto armado - Colombia - Siglo XX-XXI 6. Conflicto armado - Colombia - Siglo XX-XXI 7. Memoria colectiva - Colombia - Siglo XX-XXI I. Uribe Botero, Ángela, escritor de prólogo

CDD: 363.233609861 ed. 23

CO-BoBN- a112807

© María Victoria Uribe

La presente edición, 2023

© Siglo Editorial

Carrera 31A n.º 25B-50, Bogotá, D. C.

PBX: +601 3377700

<http://libreriasiglo.com>

© Universidad EAFIT

Carrera 49 n.º 7 Sur-50, Medellín

PBX: +604 2619523

www.eafit.edu.co

© Universidad del Rosario

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 n.º 12B-41, oficina 501, Bogotá D. C.

PBX: +6012970200, ext. 3113 y 3116

<https://editorial.urosario.edu.co/>

© Imagen de la carátula

María Elvira Mora, *Sin título*, 2022

Diseño de carátula

Gloria Diazgranados

Armada electrónica

Precolombi, David Reyes

ISBN: 978-958-665-753-2

ISBN ePub: 978-958-665-755-6

ISBN PDF: 978-958-665-754-9

Impresión

Panamericana Formas e Impresos

Calle 65 n.º 95-28, Bogotá, D. C.

Impreso en Colombia-*Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por sistemas de recuperación de información de ninguna forma y por ningún medio sin el permiso previo y por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Siglas y acrónimos	9
Agradecimientos	11
Prólogo	15
<i>Ángela Uribe Botero</i>	
Referencias bibliográficas	23
Presentación. Ver con un ojo la realidad y, con el otro, velarla	25
Introducción.....	33
A. ¿Se puede hablar de condición humana en Colombia?.....	39
B. Percepción, metáfora y alteridad. Una conversación a propósito de “lo (in)humano”	44
I. Mirar de manera diversa la desaparición.....	53
A. Desapariciones masivas en México	62
II. El espejo de dos caras.....	69
A. “Auxiliadores de la guerrilla”.....	77
B. La “limpieza social” hecha por paramilitares.....	94
1. El Frente Omar Isaza.....	98
2. El Frente Fronteras	103
C. El rapto de indígenas menores de edad por parte de las farc.....	110

1. Escuchar y ser escuchado	114
D. Cuerpos sin nombre. Los “falsos positivos”	117
1. La Jurisdicción Especial para la Paz.....	118
2. Testimonios esclarecedores de militares	120
3. Repartir las bajas	122
4. Procedimientos de los militares para cazar a las víctimas	123
5. Despersonalización y borradura del sujeto.....	124
6. Entrega del “paquete” y puesta en escena de las armas	125
7. Miller Andrés, la estatua humana.....	132
8. Las Madres de Soacha	135
III. Gestos, prácticas y duelos de los familiares	141
A. Regímenes de contra-actuación y duelos imposibles.....	152
B. Los familiares de desaparecidos de cara a la justicia en Colombia, Sri Lanka y México	154
IV. Contra-actuando el borramiento de la desaparición	163
A. Magdalena por el Cauca, una metáfora poética	165
B. Piedras pintadas que representan a los desaparecidos	170
C. Poner de presente, caminar y plantarse	171
D. Objetos que simbolizan a los desaparecidos	173
E. Tumbas de NN en Puerto Berrío.....	175
Epílogo.....	179
Referencias bibliográficas.....	183
La autora	191

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

ACMM	Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio
ACVC	Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra
Asfaddes	Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
BCB	Bloque Central Bolívar
Cinep	Centro de Investigación y Educación Popular
CNB	Comisión Nacional de Búsqueda de Personas
CNMH	Centro Nacional de Memoria Histórica
CTI	Cuerpo Técnico de Investigación
DD. HH.	Derechos humanos
DAS	Departamento Administrativo de Seguridad
ELN	Ejército de Liberación Nacional
EPL	Ejército Popular de Liberación
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
FOI	Frente paramilitar Omar Izasa
Gaula	Grupo de Acción Unificada por la Libertad Personal
JEP	Jurisdicción Especial para la Paz
LGTBI+	Lesbianas, gais, transexuales, bisexuales, intersexuales y más
Mafapo	Madres Falsos Positivos Soacha y Bogotá
Movice	Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado
NN	<i>Nomen nescio</i>

PKK Partido de los Trabajadores de Kurdistan
(Partiya Karkerên Kurdistan)

UP Unión Patriótica

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Ángela Uribe Botero, filósofa de la Universidad Nacional de Colombia, con quien he discutido en diversas ocasiones acerca de la calidad de no humanos que los perpetradores de crímenes atroces en Colombia les atribuyen a sus víctimas. Ángela considera que percibir a un ser humano como una cosa es como percibir a un árbol como un elefante y añade que esto únicamente ocurre cuando la persona sufre de alguna patología. No estoy tan segura de ello. Se me viene a la mente el encuentro entre la francotiradora de la Unión Soviética, Lyudmila Mikhailovna y Eleonor Roosevelt, esposa del entonces presidente norteamericano, en la Casa Blanca. Eleonor simpatizó con la muchacha rusa y se mostró sorprendida al saber que había matado a 309 soldados alemanes. Al ser interpelada por la señora Roosevelt sobre las razones, la francotiradora rusa le dijo que le habían hecho esa pregunta varias veces y que ella respondía que, cuando acertaba al dispararle a un fascista, sentía que había cazado a una bestia de presa, como si matara a un lobo o a un oso.

También le expreso mi gratitud a Juan Felipe Urueña, filósofo y candidato a doctor en Historia. Lo conocí cuando era jurado de su tesis de maestría en la Universidad del Rosario y, deslumbrada por su brillante análisis del “corte de corbata,” lo invité a trabajar conmigo en un proyecto. Juntos hicimos una investigación sobre representaciones y autorrepresentaciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

(FARC), durante la cual él me introdujo en el mundo de la representación y me presentó a Georges Didi Huberman y a Aby Warburg, dos de sus autores preferidos. He aprendido de Juan Felipe muchas cosas, pero quizá la que más aprecio es su capacidad para exprimirle hasta la última gota a los argumentos, algo que yo nunca he podido hacer, pues mis ideas muchas veces son como relámpagos.

Los comentarios tanto de Ángela Uribe como de Juan Felipe Urueña a propósito de lo inhumano se convirtieron en una conversación a tres voces que fue incorporada dentro del texto en la introducción y figura en el apartado: “Percepción, metáfora y alteridad. Una conversación a propósito de ‘lo (in)humano’”.

Agradezco a María Lucía Rivera, también filósofa de la Universidad Nacional, quien hizo una lectura muy cuidadosa y fina del texto, y aportó nuevos elementos interpretativos a la figura del espejo de dos caras de la cual me valgo para analizar varios de los casos de desaparición forzada que han ocurrido y aún ocurren en Colombia. Dice María Lucía:

El libro me conmovió muchísimo, y me gustó de distintas maneras y por distintas razones. Creo que es un texto bello, sensible y muy humano (y humanizante), que aborda con elegancia y calidez un tema increíblemente doloroso y complejo. Las figuras lingüísticas y formales en torno de la vista, de la manera de aparecer y reaparecer, se articulan a lo largo del libro como una contracara (quizá no exactamente un espejo) de la desaparición, la invisibilización y el silenciamiento. El recurso a las categorías de deshumanización, excepcionalidad y ‘persona’ se articulan con mucha claridad a lo largo del texto y son un hilo conductor de las discusiones que le da un cuerpo claro y un fluir muy adecuado. Se trata de un recurso puntual y certero, distinto de la acostumbrada saturación en los textos

académicos, que muestra el diálogo con otros y otras, abriendo espacio para plantear conexiones plurales.

Con respecto a la imagen del espejo de dos caras, inicialmente la entendí como no era. Quizá por el influjo de las películas y series de detectives gringos, imaginé inicialmente el espejo como el que ponen en los interrogatorios; en el que de un lado se ve al interrogado, pero el interrogado solo se ve a sí mismo. Luego noté que la imagen que propones es, a diferencia de esta y de las que se intuyen con el velo y la niebla, una versión muy radical de separación de lo sensible, de lo perceptible, de lo existente en ambos lados del espejo. Se concibe como un muro que refleja, que invierte la imagen vista, que hace ver extraño y poco familiar (a pesar de ser idéntico) lo que está reflejado (uno mismo, el mundo que habito, esos otros que quedaron de ese lado conmigo). Representa una poderosísima figura porque no solo muestra la incomunicación e incomunicabilidad entre los dos lados del espejo, sino esa sensación de extrañamiento (eso que en inglés llaman *uncanny*, una semblanza incómoda de algo familiar) consigo mismo y con el mundo a cada lado del espejo.

Pensaba que mirarse en un espejo o mirar cualquier cosa en un espejo, como si quisiera mirarse a través de una ventana, tiene un efecto muy particular, como cuando se repite una misma palabra una y otra vez hasta tornarse en mera cacofonía. El rostro propio, el mundo, aunque no han cambiado, no pueden verse ya igual, pierden sentido, orden, no son reconocibles. Me quedé pensando sobre las distintas maneras en que se dividen los lados del espejo: lo que se oculta y lo que se ve; lo que es apenas un reflejo y lo que, sin estar del otro lado, no alcanza a ser reflejado, no queda a la vista de quien mira el espejo. Constituye una sugerente idea que nuestra humanidad está atada a lo cotidiano, lo compartido, lo familiar, que no haya una esencia de lo humano, ni siquiera una revelación excepcional de la

humanidad de alguien como un acto enorme, sino más bien como una continuada manera de habitar y hacer mundo con otros, de familiarizarse con el mundo, una suerte de naturaleza por cotidianidad. Las alusiones a cómo devolver la humanidad a cuerpos (y a las ausencias de cuerpos) tiene que ver en muchos de los casos que relatas, con volver a integrarlos en lo cotidiano, lo familiar, lo común.

Queda entonces la pregunta sobre quiénes y cómo construimos eso común, si la vida sumida en la guerra y el horror no nos habrá instaurado unas nuevas naturalidades de las que necesitaríamos extraernos para no sentir que el dolor y la desesperación son los trayectos que conocemos, el paisaje que cargamos. Queda la pregunta de si es la extrañeza de las y los que buscan a sus desaparecidos en una normalizada indiferencia, la que introduce (ahora en un sentido diferente) una suerte de excepción que obliga a reconfigurar todo.

Por último, quiero agradecerle a María del Rosario Acosta, filósofa y amiga, su inmensa capacidad de escucha, un don escaso en estos tiempos saturados de ruido y desesperanza. Sus siempre acertados comentarios y sugerencias acerca de los usos de la memoria, el sentido de los hechos violentos y el tema de la representación me han acompañado a lo largo de estos últimos años.

PRÓLOGO

“para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia”.

—Octavio Paz, *Piedra de sol*

Estos versos de *Piedra de sol* son, para mí, la manera de dar la cara a la imagen luctuosa del espejo de dos caras y que da su forma a *Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo*. En el libro, ese espejo se describe así:

un elemento conformado por dos superficies de vidrio planas que están separadas por una lámina reflectante. Quien está de un lado del espejo ve su propia imagen reflejada sobre la superficie, pero no puede percibir lo que hay del otro lado [...].

De un lado del espejo, se encuentra la persona que ha sido desaparecida, quien posiblemente será torturada de formas físicas y psicológicas y privada de la palabra. Con ella, están los perpetradores de la desaparición, quienes hacen todo lo posible para que no quede rastro de la persona, ni huellas del delito. [...] Del otro lado del espejo, pueden encontrarse los familiares y allegados que se ven sometidos a la tortura de no saber nada acerca del familiar y ante la imposibilidad de procesar su duelo. (pp. 75-76).

Hay cientos de miles de personas en Colombia a quienes les ha sucedido lo peor: sus vidas les han sido arrebatadas súbitamente por desconocidos y, a pesar de esto, sus existencias continúan. Continúa lo incierto, lo opaco, lo indecible; continúa lo que no puede ser expresado con palabras. A pesar de que esos cientos de miles no se ven a sí mismos viviendo, dice María Victoria recordando las palabras de Vasili Grossman, ellos permanecen como quien deambula todavía por lugares que le son totalmente extraños. Según esta manera de entender la palabra “existencia” y dados los contextos desde los que hablan Grossman y María Victoria, bien puede alguien ser al margen de la vida; al margen de su propia vida. Se es de este modo apenas ocupando un espacio y, por lo tanto, siguiendo a pesar de todo en el tiempo. Sin embargo, este es un tiempo que transcurre por fuera de la propia vida como algo que pasa sin ser habitado. Alguien puede llegar a existir sin más, es decir, a ser de tal manera que el espacio que ocupa dejó de ser entorno para él o para ella. Si, por cuenta del agravio, el espacio ha dejado de ser entorno para alguien, entonces el mundo se recoge o se desdibuja hasta que la vida deja de ser. Todo esto ocurre así porque la propia vida no es propia si ella no es también la de los demás. “No soy, no hay yo, siempre somos nosotros”, continúa Octavio Paz.

Creo que es posible sondear un poco más la comprensión de la diferencia entre *vida* y *existencia* que proponen Grossman y María Victoria. Ella afirma: “Ese tránsito infame entre vida y existencia es el que quisiera abordar en este texto” (p. 30). No obstante, advierte que: el tránsito es, como mucho, difícil de comprender porque, aun cuando acontece, es de tal modo que hace imposible el paso de las palabras y niega la posibilidad de ser por eso comunicable (Ibídem). Lo anterior quiere decir que quien, desde la perspectiva de la tercera persona se

da, como la autora de este libro, a la tarea de comprender ese tránsito infame no tiene realmente con qué hacerlo, incluso cuando terca se dé a la tarea. Por eso, María Victoria recurre a las metáforas: el espejo de dos caras, la niebla, la opacidad, el limbo, el borramiento de las vidas y las tumbas líquidas que son los ríos colombianos. Aun cuando hay algo que, en efecto, alcanzan a evocar todas estas metáforas, ese algo es difuso e indecible; es el dolor, el de los demás. Quien busque dar fe de ese dolor desde afuera tiene que enfrentar la circunstancia límite que comporta el hecho de que el dolor del que habla no es el suyo; sabe que su lugar en él es apenas, y en el mejor de los casos, testimonial. Es de este modo como se deja ver María Victoria en su libro. Ella se aparta, da un paso al costado para encontrar un rincón al lado del espejo de las dos caras. Así, y mientras narra las historias que cuenta, se ve llevada por sus metáforas para, desde donde está, ver tanto como puede, lo que ocurre de uno y de otro lado de ese espejo.

Entre las caras del espejo imposible, dice ella, está lo brumoso, el limbo, la nada. Una de las caras de ese espejo, junto con la nada que lo atraviesa, refleja solamente existencias: la forma como están en Colombia los cientos de miles que han sido desaparecidos porque sí y los otros tantos cientos de miles para quienes la vida negada a los suyos significa la propia ausencia.

Quien lee este libro no sabe, por esto mismo, cómo es que su autora consigue de verdad moverse silenciosa para atestiguar la bruma y entonces, llegar, una y otra vez, al mismo lugar en el que empezó: “no quisiera terminar el libro traicionando la imposibilidad de representar el vacío que supone este crimen [el de la desaparición forzada], reduciéndolo a unas cuantas frases concluyentes” (p. 181). Es a ese vacío al que María Victoria, valiente y perpleja, pero con el favor concedido a ella

por las metáforas, se asoma impotente; una, dos, tres y cuatro veces. Desde los cantos de su evidente sentido de realidad, aparece por los rincones de las cuatro caras de la desaparición forzada. A este último término lo llama ella “un animal de múltiples caras pues se camufla bajo diferentes tipos penales” (p. 37): el secuestro, el reclutamiento forzado de menores, las ejecuciones extrajudiciales y el asesinato de civiles disfrazados de guerrilleros muertos en combate. Quiero llamar la atención sobre lo difícil que, según creo, parece resultarle a María Victoria designar los eventos a los cuales alude ella, es decir, sobre el hecho de que el carácter de esos eventos no le deja a la autora de este libro una alternativa distinta que la de recurrir a algo tan misterioso como un animal que se camufla detrás de palabras, tipos penales. Quizás eso solo habla ya de la lucha mental que supone acaso hacerse a una idea de lo que hay en medio de las dos caras de ese espejo. Un animal que se camufla puede ser tantas cosas que difícilmente ese algo constituye un fenómeno unitario, pero un animal que se camufla detrás de tipos penales —una formalidad— ya no es algo concebible.

Mi propósito de entender por qué María Victoria parece verse obligada a recurrir insistentemente a metáforas como estas para designar algo que escapa al sentido, me hizo pensar en otra metáfora: Comala, el pueblo hecho por Juan Rulfo en *Pedro Páramo*. Tal vez Comala sea, entre otras muchas cosas, una forma de representar lo que podría llegar a ser para alguien existir, sin más. Existir, además de permanecer en la incertidumbre, además de estar todavía y a pesar de lo peor tal vez signifique también haber desaparecido porque otros han sido desaparecidos. Dicho de otra manera, existir sin más es como morir la vida de personas a quienes se quiere y de quienes no se sabe si están vivas o no; de quienes lo último

que se supo ocurrió quizás hace muchos años: que alguien vino para llevárselas así no más y en contra de su voluntad. Quizás, digo, sirva la metáfora del pueblo de Comala para ahondar al menos en una de las imágenes más inquietantes de la figura del espejo las dos caras: lo brumoso, la nada que está en medio de ese espejo.

Mientras leemos, a los lectores de la novela de Rulfo nos cuesta entender qué es lo que se nos está contando. Se nos habla de un hombre que dice llamarse Juan Preciado y que llega, no se sabe cómo, a Comala. No se sabe cómo porque, envuelto en sopores desesperantes, el sitio no parece ser un sitio; no está en ningún lugar porque a él no se llega desde ningún otro lugar y tampoco es posible salir de él porque Comala no va a ningún lugar. No hay nada cerca o lejos de ese pueblo. En su libro, Rulfo nos dice esto y también que el alma en pena, quien es Juan Preciado y deambula por el inframundo que es Comala, cree lo contrario; cree que él es el único vivo entre los muertos, que encontrará a quien busca y que Comala se parece a otros pueblos que conoce. Se nos dice que antes de llegar allí él le había hecho una promesa a su madre. Esa promesa, como se deja ver pronto en el libro, invoca la nula voluntad de un padre que se los llevó a todos y a todo.

Quien llegue a ser curioso sobre cómo se teje la relación entre uno y otro de estos supuestos hechos encontrará que realmente no es nada lo que se nos cuenta en ese libro porque, dice Rulfo, no es nada lo que en él sucede (Summers, 2011). Tanto para el autor como para ese lector curioso de *Pedro Páramo* Comala se deja ver apenas como una cavidad seca en la que se almacenan gritos enmudecidos, sofocos desesperados, un calor de incendio, miedo y angustia.

Pensé en Comala cuando en *Cuerpos sin nombre, nombres sin cuerpo* encontré varias afirmaciones como la siguiente: “Es

muy interesante lo que plantea Feldman, puesto que permite acercarse, aunque no representar, el vacío, el profundo agujero que se conforma entre quienes quedan separados por la opacidad inescrutable que establece la desaparición forzada” (p. 56). En el libro de María Victoria no se nos está contando nada que ya no sepamos miles de veces; una vez, por cada una de las más de cien mil historias de desaparecidos que hay desde hace años en Colombia. Sin embargo, no solo no se nos está contando nada que no sepamos, porque ya lo sabemos; no se nos está contando nada también porque aquello sobre lo que se quiere hablar ha sacado de la vida a quienes lo han vivido. Quienes han sido sacados de la vida de las cuatro formas descritas en este libro desaparecieron de dos maneras: no existen ya o existen apenas. Quienes existen apenas no tienen cómo llegar hasta las palabras para hablar de lo que quedó.

El pueblo de Comala es la instancia del dolor sin tiempo, es el no-mundo. Juan Preciado no es nadie porque no tiene a nadie. En ese pueblo, no hay tampoco nada porque no hay nadie que atestigüe la existencia de algo. Aunque guarda la esperanza de estar realmente regresando al pueblo en el que su madre pudo ver cómo la vida se ventilaba “como si fuera un murmullo” (Rulfo, 2016, p. 211), Juan Preciado expira su último aliento en cada paso que da sobre las pesadas piedras del pueblo. Desvalido, insiste en ser escuchado. Grita, pero, como a tantos de los otros gritos de soledad que atraviesan las paredes de las casas de Comala, a su grito solo responde el eco de la propia voz (Ibídem). Golpea en las puertas de las casas con la esperanza de que alguien acuda en su ayuda, pero al hacerlo su mano atraviesa liviana lo que parece ser el fantasma de un trozo de madera (Ibídem).

Otra de las imágenes de las que se vale María Victoria para hacerse acompañar en su esfuerzo de asomarse a lo inescrutable es la de la niebla espesa; la niebla encubridora de formas y

de verdades. Quisiera detenerme también en esta figura. He citado arriba estas palabras de la autora: “Con ella [la persona desaparecida], están los perpetradores de la desaparición, quienes hacen todo lo posible para que no quede rastro de la persona, ni huellas del delito” (p. 76). Citando a Kirsten Mahlke, María Victoria alude al hecho de que, al esparcirse esa espesa niebla no solamente oculta a las personas que han sido desaparecidas, oculta también a los desaparecidos y, ante todo, sus motivos: ¿por qué hacen lo que hacen?, ¿qué es lo que el desaparecido ve en las personas a quienes daña?, ¿qué es lo que deja de ver en ellas?, ¿cómo entender la ceguera? A mi manera de ver, María Victoria deja claro que no hay realmente una respuesta a estas preguntas. De ahí que el espesor de la niebla de la que habla llegue a ser impenetrable. De ahí también, creo yo, que este libro tenga entre sus propósitos el de invocar nuestra capacidad para reconocer lo escandaloso y, más precisamente, el propósito de mostrar cuánto estrépito exhibe, no solamente el daño evidente —la desaparición forzada—, sino sus engendros. Con esto último, me refiero a los lugares comunes a los que recurren los victimarios para responder a las preguntas de sus víctimas las raras veces que los primeros han comparecido ante ellas. La estridencia, ya tantas veces manoseada desde hace varios años se deja decir de modos como estos: “Éramos instrumentos de la guerra”, “obedecíamos órdenes”, “el estado estaba ausente”, “era necesario defender la libertad física y la propiedad privada”, “obedecíamos las órdenes de nuestros superiores”, “no era fácil medir la dimensión del daño que causábamos”.

Después de leer su libro, creo poder pensar que María Victoria llegaría a estar de acuerdo conmigo en que vengan de donde vengan estas respuestas y tantas otras comparables a ellas no significan nada, no comunican nada. El hecho de que esto sea así, insisto, hace parte de la ofensa, del vacío,

de lo brumoso y opaco en que consiste el animal camuflado detrás de los tipos penales al que hace referencia la autora. Quisiera pensar entonces que María Victoria estaría de acuerdo conmigo además en que la espesura de la niebla a la que se ha referido está fabricada también de esto último, en otras palabras, que el lugar común con el que los perpetradores responden al escándalo que causan es también escandaloso.

En las últimas páginas del libro, nos dice que a pesar de todo esto llega a haber lo que su autora llama: “roturas en el espejo”. Algo aparece ante familiares o amigos para dejarles ver lo poco que es posible ver sobre lo que fue obligado a vivir su desaparecido: un hermano, una hija, un tío, una madre o una pareja. Unas cuantas personas, quizás hoy no tan pocas, obtienen información sobre su gente y hasta llegan a encontrarse con quienes las agraviaron. Es inmenso el valor de los esfuerzos de quienes han acompañado a las víctimas para hacerles llegar esa información o para acercarlas a algunos de los que dañaron sus vidas. Para quienes han estado en medio de ella y gracias a esos esfuerzos, la niebla que hace parte del espejo de dos caras se vuelve, quizás, un poco menos impenetrable. Gracias también a esos esfuerzos y a un libro como este, esa misma niebla ya no puede ser negada. Aunque desde lejos, lo nebuloso llega a ser visto también por nosotros. La niebla en su espesor nos emplaza y lo hace a pesar de nuestro terco ir negando el hecho de que no solo en los desaparecidos hay ceguera y que esa ceguera es voluntaria.

Ángela Uribe Botero¹

¹ Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de Colombia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Paz, O. (1982). Piedra de sol. En *La estación violenta* (pp. 56-82). Fondo de Cultura Económico.
- Rulfo, J. (2016). Pedro Páramo. En: *Obra reunida*. Ex-Libris
- Sommers, J. (14 de noviembre del 2011). Entrevista a Juan Rulfo. [Entrada de blog]. <http://loselementosdelreino.blogspot.com/2011/11/joseph-sommers-entrevista-juan-rulfo.html>.

LA AUTORA

María Victoria Uribe es antropóloga e historiadora, magíster y PhD en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Fue directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia entre 1994 y 2005; profesora asociada del Instituto de Investigaciones Sociales y Culturales PENSAR de la Universidad Javeriana del 2005 al 2007; e integrante del Grupo de Memoria Histórica desde el 2007 hasta el 2011. También fue becaria del Wissenschaftskolleg, Institute for Advanced Study de Berlín (2014-2015). Entre el 2011 y 2022, fue Profesora Asociada de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad del Rosario e investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores, Colciencias (2016).

Entre sus publicaciones recientes destacan: “La desaparición de personas en Colombia. Un vacío irrepresentable” (2022); “Phantasmatic entities and identities: Criminals without guilt in Colombia” (2020); “Violence as a symptom. The case of Colombia” (2020) y *Antropología de la Inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia* (2018).

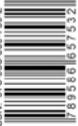
Otros títulos de la colección

- Retos del constitucionalismo pluralista
Gloria Amparo Rodríguez
Gloria Patricia Lopera Mesa
Editoras
- El derecho penal de la cárcel. Una mirada al contexto colombiano con base en el giro punitivo y la tendencia al mayor encarcelamiento
Norberto Hernández Jiménez
- Cartografías del mal. Los contextos violentos de nuestro tiempo
Camila de Gamboa Tapias
Cristina Sánchez Muñoz
Editoras
- Paz en la guerra. Reconciliación y democracia en el Alto Ariari
Tatiana Duplat Ayala
- Después vino el silencio. Memorias del secuestro en Antioquia
Gloria María Gallego García
Relatora principal
- Violencias de género: entre la guerra y la paz
Cristina Sánchez Muñoz
Editora académica
- El silencio del horror. Guerra y masacres en Colombia
Andrés Fernando Suárez
- Fue como un naufragio. Análisis y testimonios del secuestro en Colombia
Gloria María Gallego García
Relatora principal

Este libro analiza un evento que ha impactado a miles de personas en el mundo y que toma dimensiones muy preocupantes en regímenes democráticos, aunque sabemos que la democracia no es antídoto contra la barbarie. No hay manera de comprender un evento ciego e irrepresentable como la desaparición forzada, sin embargo, es ineludible asumir una posición ética ante hechos tan aberrantes. En su libro *Vida y destino*, el escritor ruso Vasili Grossman esboza una idea que nos permite acercarnos al evento de la desaparición: “Ahora creía haber comprendido la diferencia entre vida y existencia. Su vida se había acabado, interrumpido, pero la existencia seguía, se prolongaba y aunque aquella existencia era miserable, el pensamiento de una muerte cercana le colmaba el corazón de terror”. En esta obra, la distinción que hace Grossman entre vida y existencia viene al caso para hablar de la desaparición forzada de personas que son sustraídas en contra de su voluntad del ámbito donde se encuentran y posteriormente asesinadas.

Ver más

ISBN: 978-84-966-753-2



9 789667 532

